era para mi pobre muger.

Cuando habíamos concluido, Nunzio y Pietro volvieron.

-Está encargada la misa, dijo Nunzio.

-¿A fray Girolamo?

-Al mismo.

-He aqui las dos navajas, dijo Pietro, las dos han costado un duro.

-Chist, dije.

-No, no, dijo Gaëtano; es justo que yo pague la mia y vos la vuestra. Ademas tenemos mos, me habeis traido á tierra.

-No os inquieteis por eso, no corre prisa. -Al contrario, corre mucha prisa, capitan. He aqui los doscientos ducados. Por lo que hace à vos, amigo mio, continuó dirigiéndose à Pietro, ahi teneis dos onzas por la compra de la navaja.

-Caballero, os pido perdon, dijo Pietro; la navaja cuesta diez reales y no dos onzas. No

puedo recibir de vos tal cosa.

-¡Ya lo creo! dijo Pietro interrumpiendo al capitan, juna navaja que podia matar al capintan!

-Ahora, dijo Gaëtano Sferra, cuando querais: os aguardo.

-Estais servidos, dijo el tio Mateo volviendo de su cocina.

-Subamos, pues, dije à Gaëtano.

Subimos. Seguia yo a Gaëtano; marchaba sa de sa conducta para conmigo? con paso firme; me convenci de que aquel

servidos. En un estremo de la mesa cubierto con un mantel y con el servicio necesario, estaba dispuesta la comida. El otro estremo quetapa estaba dispuesto de cada lado para recibirnos cuando tuviéramos á bien comenzar.

la mesa.

-Si conoceis aqui alguno, y deseais tenerbuscar, aguardaremos.

no señalando á Pietro y al piloto; servirán al mismo tiempo para vos y para mí.

Esta sangre fria me admiró. Desde que ganza. Resolvi, pues, hacer una tentativa de

asesino. ¿Por qué me habeis herido? ¿Con qué corriendo hácia él. objeto à mi mejor que à otro? Sed franço, do impulsado por una necesidad cualquiera, sacerdote ó á un médico?

cusado es decir que la carta que yo escribia por una de esas fatalidades mas fuertes que el hombre, y á las que es preciso que el hombre obedezca, jy bien! todo está concluido, y quedaremos asi.

Gaëtano reflexionó un instante: despues,

con un aire sombrio:

-No puedo deciros nada, replicó, el secreto no es solo mio; asi, ya veis, no es la casualidad la que nos ha colocado frente á frente. Lo que está escrito, escrito está, y es preciso que las cosas se cumplan; ¡luchemos!

-Reflexionad, volví á decir, todavía es que arreglar una cuenta, capitan. Os debo tiempo. Si es la presencia de estos hombres doscientos ducados, porque segun conveni- lo que os detiene, se irán, y quedaré solo con vos, v lo que me dijereis, jos lo juro! será como si lo hubieseis dicho á un confesor.

-He estado próximo á morir, he hecho llamar a un sacerdote, me he confesado con el, creyendo que era mi última confesion; pues con riesgo de comparecer ante Dios cargado con un pecado mortal, no le he revelado el secreto que quereis saber.

-Sin embargo,.... caballero, repliqué yo, insistiendo à medida que el mas se defendia.

-¡Ah! interrumpió insolentemente, sin duda despues de haberme hecho venir aqui, ¡no quereis batiros; ¿Es que acaso teneis miedo?

—¿Miedo? esclamé yo; y de un salto me meti en el tonel con el cuchillo en la mano. —¿No es verdad, Pietro? continuó el capitan

interrumpiéndose, ¿no es verdad que yo hice todo aquello para hacer que me dijera la cau-

-Si, es cierto, respondió Pietro, y yo eshombre era valiente. No podia comprenderlo. taba tanto mas admirado, cuanto que, ya lo Como lo habia dicho Maleo estábamos sabeis, capitan, no es esa vuestra costumbre, y cuando nosotros tenemos esos lances con los calabreses, vamos al objeto en posta.

-En fin, replicó el capitan, no quiso él daba desocupado, y un tonel abierto por una oir nada y entró a su yez en el tonel. Cuando se le quiso atar el brazo izquierdo á la espalda como acababan de hacer conmigo, dijo que Pietro depositó una navaja en cada lado de le embarazaba, y pidió que se le dejase el brazo libre. Al instante se le desató.

Entonces comenzamos á tirar: como a su le de testigo, dije à Gaetano, podeis enviarle à pesar y naturalmente paraba los golpes que vo le dirigia con el brazo izquierdo, esto re--A nadie conozco, capitan. Por otra parte, tardó algo el término del desafío. Me cortó un aqui están estos dos bravos, continuó Gaëta- poco en el hombro antes que yo le hubiese tocado; pero consideraba como despreciable para mi herirle en los miembros. Pero, por vida mia! cuando vi correr mi sangre y à Piehabia visto à aquel hombre de cerca, habia tro que se mordia los dedos y parecia quererse desaparecido una parte de mi deseo de ven- comer hasta el codo, le tiré tan atroz puñalada, que de la fuerza del golpe mas que de la puñalada, fueron rodando él y el tonel hasta -Escuchad, le dije, en el momento en que cerca de la ventana. Guando vi que no se lepasaba al otro lado de la mesa, es evidente, vantaba, pensé que habia ajustado su cuenta. que en todo esto hav algun misterio que no En efecto, al mirar la hoja de la navaja, vi que conozco ni puedo adivinar. Vos no sois un estaba enrojecida hasta el mango. Nunzio fué

-¡Y bien! ¡y bien! le dije, ¿qué es lo que decidmelo todo; y si reconozco que habeis si- tiene? ¿Es cosa de que mandemos venir á un

-Un sacerdote, respondió Gaëtano con voz i apagada, el médico seria inútil.

-Voy, pues, por el sacerdote, dijo Nunzio. Eh! abuelo, continuo llamando.

Se abrió una puerta, y apareció Mateo. -Un cuarto y una cama para el señor, que

está en muy mal estado. -Está dispnesto, dijo Mateo.

-Entonces ayudadme á llevarle mientras ellos van á romper algunas botellas, para hacontados.

-¡Un sacerdote! ¡un sacerdote! murmuraba Gaëtano con voz mas apagada todavia que la trando y dejando sobre una mesa que estaba primera vez; ved bien que si tardais morire cerca del moribundo, una botellita llena de antes que venga.-En efecto, la sangre bro- una bebida roja como sangre: tomad, esto os taba de su pecho cual de una fuente.

cogiéndole por debajo de los brazos, mientras tinuó dirigiéndose hácia mí, que es el mismo que Nunzio le cogia por las piernas; teneis to- elixir que hacia aquella pobre Julia que se lladavía para mas de cuatro ó cinco horas vida, maba la hechicera, y que ha hecho tanto bien si, lo veo en vuestra mirada; voy á poneros a vuestro tio. encima de la herida una buena compresa, y

La puerta se cerró, y me encontré solo esto os sentará bien. con Pietro.

que teneis ahí en el hombro?

pero mejor hubiera querido no volver á ver á carnado subido tiño su fisonomía. ese hombre; me habian pagado por traerle sano y salvo aqui.

-¡Y bien! pero me parece, respondió Pie-tro, que cuando le hemos desembarcado, he-ra contároslo todo. mos cumplido.

tro, y si muere no quiero guardar de ello ni bre su pecho. un cuarto; lo emplearé en misas.

prueba es que la que habeis encargado no ha tan; eso hace respirar muy bien. producido hasta ahora mal efecto; pero el dinero no es despreciable tampoco.

pobre muger que fué à mi buque y que le con- herida. dujo hasta la costa! ¡Oh! ¡ cuando sepa esto!....

parte, no habeis hecho sino volverle lo que bargo, me he librado de ella. os habia dado hace un año, he ahi todo; con de pagar sus deudas sino los que quiebran.

me dió aquella puñalada.

En aquel momento la puerta del cuarto á si vuestra muerte fuese segura. donde se habia conducido á Gaëtano Sferra, se

-Capitan Arena, dijo una voz, el moribundo os llama.

Me volví y conocí á fray Girolamo. -Aqui estoy, padre mio, respondi tem-

-Vamos, dijo Pietro, probablemente vais à saberlo; si se puede decir, ya nos lo contareis.

Le hice señal con la cabeza de que sí, y

-Hermano mio, dijo fray Girolamo señalándome á Gaëtano Sferra, pálido como las sábanas de la cama en que estaba acostado, he agni un cristiano que va à morir, y que

desea que oigais su confesion. -Si, venid, capitan, dijo Gaetano con una cer creer que esto ha venido por sus pasos voz tan débil que apenas podia oírsele, y déme Dios fuerza para llegar hasta el fin

-Tomad, tomad, dijo el tio Mateo enva á dar ánimo; bebed dos cucharadas de es--¡Vos muerto! ¡ah! bien sé, dijo Mateo to, y luego me lo direis. Sabeis, capitan, con-

-¡Oh! entonces, dije yo vertiendo la bebitendreis tiempo para hacer una famosa confe-sion:

da en una cuchara, y aproximándola á los la-bios del herido, bebed; Mateo tiene razon:

Gaëtano tragó la cucharada de elixir, mien--¡Y bien! me dijo, ¿qué diablos teneis, ca- tras que fray Girolamo cerraba la puerta á pitan? ¿Es que os sentis mal por ese rasguño Mateo, que no podia quedar alli mas tiempo porque iba à confesarse el moribundo. Apenas -¡Ah! no es eso, no es eso, le respondí; la bebió, cuando sus ojos brillaron, y un en-

-¿Qué es esto que habeis dado, capitan? esclamó cogiéndome la mano; dadme otra cu-

Le di otro sorbo de elixir; se incorporó -Este dinero me atraerá la desgracia, Pie- entonces sobre una mano, y apoyó la otra so-

-¡Aĥ! esta es la primera vez que respiro -- En misas! bueno es, dijo Pietro, y la desde que he recibido vuestra puñalada, capi-

-Hijo mio, dijo fray Girolamo, aprovechaos de ese socorro de Dios para revelarnos ese se--1Y aquella pobre muger, Pietro, aquella creto que os ahoga todavia mas que vuestra

-Pero si yo no muriese, padre mio, escla--¡Ya, caramba! habra lágrimas, eso es se- mó Gaëtano; si yo no muriese, seria inútil guro; pero al fin y al cabo, mas vale que sea que me confesase. Va he visto la muerte tan ella la que llore que no la patrona. Por otra de cerca como en este momento, y sin em-

-Hijo mio, dijo fray Girolamo, esa es una los intereses, es verdad, pero oid, nadie deja tentacion del demonio que en este momento disputa vuestra alma á Dios. No creais los con--Es igual, repliqué, desearia saber por qué sejos del ser maldito. Solo Dios sabe si debeis vivir ó morir, pero obrad siempre como

-Teneis razon, padre mio, dijo Gaëtano enjugando con su pañuelo una espuma rojiza que humedecia sus labios: teneis razon: escuchad, y vos tambien, capitan.

Me senté al pie del lecho, fray Girolamo á la cabecera, y tomó en sus des manos las del moribundo, el cual comenzó:

todo lo posible por olvidarla. Viagé durante gancharse en otro buque. un año, y acaso no hubiera vuelto jamás á Malta, si no hubiese recibido la noticia de que mi padre se estaba muriendo.

Tres dias despues de mi vuelta, murió mi padre. Siguiendo su fúnebre acompañamiento. pasé por delante de la casa de Lena. A mi pesar levanté la cabeza, y á través de la celosia distingui sus ojos. En aquel momento me pa-

Apenas acababa de llegar, of el leve rechina-Esta carta me decia que dentro de dos dias su marido marchaba á Candia, y que quedaba sohábito que hubiese ahogado mi amor; pero era desgracia. yo muy jóven, estaba enamorado: me quedé.

Padre mio, no me atrevo á hablaros de rieron como un dia, como una hora, ó mas bien no existieron: fué un sueño.

anciana nodriza la llevó. Nos miramos temblando: ninguno de los dos se atrevia á abrir- medio incomodado, me preparé á obedecer. la. Habia quedado sobre la mesa. Dos ó tres fin, Lena la tomó, y mirándome fijamente:

-Gaëtano, dijo, ¿me amas?

-Mas que á mi vida, respondí.

- Estarás pronto á abandonar todo por mí. como yo lo estoy á abandonarlo por tí?

-A nadie tengo mas que á tí en el mundo: y no pudo distinguirnos.

donde tú vayas te seguiré.

-Pues bien, convengámonos en una cosa: si esta carta me anuncia su vuelta, quedemos

toy pronto.

riendo. Anunciaba que no habiendo terminado el hombre habia desaparecido. sus negocios no estaria de vuelta hasta dentro nerla en ejecucion.

-Amaba vo à una muger: à la misma à! Al salir de casa de Lena, encontré à un quien he dirigido la carta que os he dado, pa- mendigo que hacia tres dias encontraba siemdre mio, para que le fuese enviada en caso de pre en el mismo sitio. Esta constancia me sorque muera. A esa muger la amé desde muy prendió, y dándole una limosna, le interro-jóven, pero no era bastante rico para ser del gué; pero apenas hablaba el italiano, y todo gusto de sus padres; la entregaron à un mer- le que pude sacar en limpio, fué que era un cader griego, jóven todavía, pero á quien ella marinero epirota, cuyo buque había naufrano amaba. Nos separaron. Dios sabe que hice gado, y que aguardaba una ocasion para en-

Volvi à la noche. Se nos habia tasado el tiempo con una mano demasiado avara para que desperdiciásemos la menor parte de él. Hallé à Lena triste. Durante algunos instantes la pregunté inútilmente sobre la causa de su tristeza; por fin me confesó que al rezar su oracion de por la mañana delante de una madona del Perugino, que pertenecia á su famireció no haberme separado de ella ni un ins- lia hacia trescientos años, y á la que tenia una tante, y conocí que la amaba mas que nunca. devocion especial, habia visto claramente cor-Por la noche volvi bajo aquella ventana. rer dos lágrimas de los ojos de la santa imágen. Al principio habia creido ser el juguete miento de las hojas de las persianas; en el de alguna ilusion, y se había aproximado a mismo momento cayó una carta á mis pies. ella á fin de observarla mas de cerca. Efectivamente eran dos lágrimas que rodaban por sus megillas, dos lágrimas verdaderas, dos la con su anciana nodriza. Hubiera yo debido lágrimas ardientes, dos lágrimas de muger! marchar, ya lo sé, padre mio, hubiera debi- Las enjugó con su pañuelo, y el pañuelo hado huir tan lejos como me hubiera permitido bia quedado mojado. No dudaba ella, pues: la la tierra, ó entrar en algun convento, rasu- madona habia llorado, y aquellas lágrimas, rarme los cabellos y cubrirme con algun santo estaba segura de ello, presagiaban alguna gran

Quise tranquilizarla, pero la impresion era demasiado profunda. Quise hacerla olvidar por nuestra felicidad, era un crimen. Durante tres una dicha real aquel temor imaginario; pero meses Lena y yo fuimos los seres mas felices por la primera vez la encontré, fria y casi inde la creacion. Aquellos tres meses trascur- sensible, concluyendo por suplicar me marchara y la dejara pasar la noche en oracion. Insistí un instante, pero Lena juntó sus manos Una mañana Lena recibió una carta de su suplicantes, y á mi vez ví dos gruesas lágrimarido. Estaba yo próximo á ella, cuando su mas que asomaban á sus párpados. Yo las recogí con mis labios; despues, medio seducido.

Entonces apagamos la luz: nos dirigimos à veces alargamos la mano sucesivamente. En la ventana para asegurarnos de que la calle estaba solitaria, y abrimos el postigo. Un hombre embozado en una capa estaba recostado en la pared. Al ruido que hicimos levantó la cabeza, pero vimos á tiempo el movimiento que iba á hacer; volvimos á cerrar el postigo

Quedamos un instante mudos é inmóviles, oyendo el palpitar de nuestros corazones, que se hablaban con sus latidos, y que eran los en partir juntos, al instante mismo, sin vaci- únicos que turbaban el silencio de la noche. lar, con el dinero que tú tengas y mis alhajas. Aquel terror supersticioso de Lena habia con--Al instaate mismo, sin vacilar; Lena, es- cluido por apoderarse de mi, y si no creia yo por lo menos en una desgracia, por lo menos Me tendió la mano, y abrimos la carta son- creia en un peligro. Abri el postigo de nuevo:

Quise aprovechar su ausencia para alejarde tres meses. Aunque nuestra resolucion es- me; abracé por última vez á Lena, y me aprotaba tomada irrevocablemente, no nos des- ximé á la puerta. En aquel momento me paagradaba tener todavía un plazo antes de po- reció oir en el corredor que conducia á ella l un ruido de pasos. Sin duda Lena creyó hamanos.

-- Tienes alguna arma? me dijo tan bajo que apenas lo comprendi:

- Ninguna, respondi.

-Espera. Se alejó. Algunos segundos despues, la vi, ó mas bien, conocí que volvia. Toma, me dijo, y me puso en la mano el puno de un yatagan pequeño que pertenecia á su marido.

-Creo que nos hemos engañado, le dije,

porque no se ha vuelto á oir nada.

estar armado. Lo quiero yo: ¿oyes? Y encon- nada sobre las rodillas; crei que dormia, cotré sus lábios que buscaban los mios para convertir su órden en una suplica.

-¿Continuas, pues, exigiendo que te aban-

done?

-No lo exijo, te lo ruego.

-Pero á lo menos, hasta mañana.

-Si, hasta mañana

Aun otra vez estreché à Lena entre mis brazos y en seguida abri la puerta. Todo estaba silencioso, y parecia tranquilo.

-¡Qué loca eres! la dije.

-Tan loca como tú quieras; pero la Madona ha llorado.

Es de celos, Lena, añadí volviéndola á abrazar y aproximando su cabeza á la mia.

- Prepárate! esclamó Lena arrojando un grito terrible, y haeiendo un movimiento para arrojarse delante. ¡Héle ahí! ¡héle ahí!

En efecto, un hombre se lanzaba por el otro estremo de la habitacion. Di un salto delante de él, y nos encontramos frente á frente. Era Morelli, el marido de Lena. No dijimos ni una palabra, y nos arrojamos el uno sobre el otro, rugiendo de corage. Tenia él en una mano un puñal y en la otra una pistola. En la lucha disparó la pistola; pero sin tocarme. Yo le respondi con una terrible estocada, y oí á mi enemigo exhalar un grito. Le habia hundido el yatagan en el pecho. En aquel momento la palabra de «alto» pronunciada en inglés, llegó á mis oidos: una patrulla que pasaba por la calle, advertida por el pistoletazo, se detenia bajo los balcones. Me precipité hácia la puerta para salir, Lena me cogió por el brazo, me hizo atravesar su cuarto, y abrió una ventanita que daba al jardin. Conocí que mi presencia la perdia.

marido asesinado.

-Está tranquilo. -¿Donde te volveré à ver?

-En cualquier parte donde estés.

-Adios.

-Hasta la vista.

Me lancé como un loco á través del jardin, escale la tapia y me encontré en una callejuela. Nada distinguia, no sabia donde estaba, cribanos fueron á la prision á tomarme de-

berlo oido como yo, porque me apretó las Armas; alli me oriente, y recobrando en m apoyo un poco de sangre fria, consulté conmigo mismo sobre lo que mas me convenia hacer. Sin duda debia huir; pero de Malta no se huye fácilmente; por otra parte, no llevaba conmigo sino algunos zequines; todo lo que poseia lo tenia en mi casa; en ella estaban tambien las cartas de Lena que podian ser cogidas y denunciar nuestro amor. Lo primero, pues, que yo debia hacer, era entrar en mi

Volví corriendo á tomar el camino de mi —¡No importal me contestó, guarda ese puñal, y en lo sucesivo no vengas nunca sin acurrucado un hombre, con la cabeza inclimo sucede frecuentemente con los mendigos en las calles de Malta; no fijé en él mi aten-

cion y entré.

En dos saltos estuve en mi cuarto; lo primero que hice fué correr à la cómoda en donde estaban las cartas de Lena, y las quemé todas sin dejar una; despues, cuando vi que no quedaba de ellas mas que ceniza, abri la gaveta donde estaba el dinero, y tomé todo lo que tenia. Mi intencion era correr al puerto, arrojarme en un barco, trocar mis vestidos por los de un marinero, y á la mañana siguiente salir de la rada con los pescadores que salen todas las mañanas. Esto me era tanto mas fácil, cuanto que veinte veces habia ido yo à partidas de pesca con cada uno de ellos, y conocia á todos. Lo importante era pues, llegar al puerto.

Volvi á bajar prontamente con aquella intencion; pero en el momento en que abria la puerta de la calle para salir, cuatro soldados ingleses se arrojaron sobre mi: al mismo tiempo se aproximó un hombre, é iluminando

mi rostro con una linterna sorda,

-El es, dijo. Por mi parte, reconoci al mendigo epirota á quien habia dado limosna aquella misma mañana. Comprendi que estaba perdido si no pesaba cada una de mis palabras. Pregunté con la voz mas firme que pude aparentar, que era lo que se me queria y á donde me conducian: me respondieron tomando el camino de la cárcel, y llegados á ella, encerrándome en un calabozo.

Asi que estuve solo, reflexioné en mi situacion. Nadie me habia visto herir a Morelli, y estaba seguro de Lena como de mi mismo. -- Escucha, le dije, tú nada sabes, nada has No había sido cogido infraganti, y por tanto visto, has acudido al ruido y has hallado á tu resolví encerrarme en la mas completa nega-

> Bien hubiera podido decir que al salir de casa de Lena habia sido atacado, y que no habia hecho mas que defenderme. Asi acaso cambiaria la pena de muerte en la de prision perpétua; pero perdia á Lena. Ni aun soñé en

A la mañana siguiente, un juez y dos esy asi corri hasta encontrarme en la plaza de claracion. Morelli no había muerto en el acto de recibir el golpe; él era el que habia dicho | me presentó como compañero de infortunio, mi nombre al gefe de la patrulla que habia y que me confesó todo. Lo mismo que yo, acudido durante nuestra lucha; habia asegurado sobre un crucifijo haberme reconocido peraba su sentencia. Me condoli de la suerte perfectamente, y en seguida espiró.

à Lena, sino por haberla encontrado como se encuentra á todo el mundo, en los espectá- nana, pasó á otro calabozo. culos, en el paseo, en casa del gobernador; en este punto.

El juez dio orden de que me llevaran ante el cadáver. Salí de mi calabozo, y se me condujo à casa de Lena. Conoci que era alli donde tenia necesidad de todo mi espíritu: procuré tener mi frente serena y no conmoverme por nada.

Al atravesar el corredor, vi el sitio de la lucha: un espejo pequeño estaba roto por la bala de la pistola; la alfombra habia conservado una estensa mancha de sangre: se hallaba á mi paso, no traté de separarme, y pase

Se me hizo entrar en la habitacion de Lena: el cadáver estaba tendido sobre el lecho. con el rostro y el pecho descubiertos; la última convulsion de la rabia contraia su fisonomia, su pecho estaba atravesado por la herida que le habia causado la muerte. Me aproximé al lecho con paso seguro: se renovó el interrogatorio, mas en nada me separé de mis primeras respuestas. Hicieron venir á

Se aproximó pálida, pero tranquila: dos gruesas y silenciosas lágrimas rodaban por sus megillas, que lo mismo podian espresar elidolor que esperimentaba por la pérdida de su marido, que el que le causaba la situacion en que veia á su amante.

-¿Qué me quereis aun? dijo: ya os he dicho que nada sé, que nada he visto; estaba acostada, oi ruido en el corredor, y he acudido corriendo: he oido á mi marido gritar. «al asesino.» Eso es todo.

Hicieron subir al epirota, y se nos careó con él. Lena dijo que no le conocia. Yo respondí que no recordaba haberle visto jamás.

Realmente no tenia yo contra mi mas que la declaracion del muerto. El proceso se siguió con actividad: el juez cumplió su deber. como hombre que á todo trance quiere cobrar en una cabeza. A todas horas del dia y de la noche, entraba en mi calabozo para sorprenderme y preguntarme. Lo cual le era tanto mas fácil, cuanto que mi calabozo tenia una puerta que daba á la habitacion de los sentenciados, y él tenia la llave de aquella puerta; pero yo me defendi, negaba siempre.

habia el muerto á un hombre, y como yo esque le estaba reservada; pero le dije que por Negaba yo todo: afirmaba que no conocia lo que hacia á mi estaba completamente tranquilo, porque era inocente. El espía, una ma-

Sin embargo, á la acusacion de homicida. habia permanecido en mi casa toda la noche, a la declaración del epirota, se habia añadido y no habia salido sino en el momento en que una circunstancia terrible, habian encontrado habia sido detenido. Como nuestras casas ra- en el jardin la señal de mis pasos; midieron ra vez tienen porteros, y cada uno entra y las suelas de mis botas y las confrontaron con sale con sus llaves, nadie podia desmentirme las huellas que habian dejado, y reconocieron que aquellas se adaptaban perfectamente à estas. Algunos cabellos mios habian quedado en la mano del moribundo: aquellos cabellos comparados con los mios, no dejaban duda alguna sobre la identidad.

Mi abogado probó completamente que vo estaba inocente: pero tambien probó completamente el juez que yo era culpable, y fui sentenciado á muerte.

Escuché la sentencia sin pestanear; algunos murmullos se oyeron en el auditorio. Vi que muchos dudaban de la justicia de la senpor encima de ella como si ignorase que la tencia. Estendí una mano hácia el Santo

> -Los hombres pueden condenarme, esclamé; pero he ahí el que me ha absuelto va.

-¿llabeis hecho eso, hijo mio? esclamó fray Girolamo que no se habia conmovido al saber el asesinato, pero que se estremecia al oir la blasfemia.

-No era por mi, padre mio, era por Lena. No me amedrentaba la muerte, y os convencereis de ello puesto que me vais à ver morir; pero mi sentencia la deshonraba, mi suplicio hacia de ella una muger perdira. Ademas, no sé qué vaga esperanza me gritaba en lo intimo de mi corazon que me libraria de aquello. Por otra parte, confesándoos todo tal como ha pasado, á vos y al capitan, ano me perdonará Dios, padre mio? ¡Me habeis dicho que me perdonaria! ¿Mentis vos tambien?

Fray Girolamo no respondió al moribundo sino con una oracion mental. Gaëtano miraba palideciendo á aquel monge que se arrodillaba por los pecados de otro, y observé que el brillo de sus ojos comenzaba á empañarse; él tambien conoció que se debilitaba.

-Dadme una cucharada mas de elixir, capitan, dijo. Y vos, padre mio, escuchadme al punto: no tenemos tiempo que perder; despues orareis.

Le hice tragar un sorbo del elixir, que produjo el mismo efecto que la primera vez. Vi reaparecer el color rosado en sus megillas, y sus ojos brillaron de nuevo.

-¿En qué estábamos? preguntó Gaëtano. -Acabábais de ser condenado, le dije.

-Es verdad. Se me condujo á mi calabozo: tres dias me quedaban: tres dias médian, como Pusieron en mi prision un espía, que se sabeis, entre la sentencia y el suplicio.

la sentencia, y me apremiaba para que confe- me responde de tu vuelta. sase mi crimen, asegurandome que como en él mediaban circunstancias atenuantes, acaso bellos, senti brotar de sus raices un frio suobtendria una conmutacion de pena. Le res- dor, y resbalar por mi rostro. El juez, ese pondi que no podia confesar un crimen que hombre encargado por la ley de proteger á la no habia cometido, y le vi salir del calabozo sociedad, se habia dejado seducir por el oro, espantado él mismo de la tenacidad de mis y nada había encontrado mejor que absolvernegativas.

A la mañana siguiente le tocó su vez al Fray Girolamo hizo un movimiento.

dicho que si yo moria antes que ella, entraria fisonomía me fuese estraña, capitan. Fui hácia en un convento y rogaria por mi durante todo vos y os heri. Segun las instrucciones del el resto de su vida. Contaba yo, pues, con sus juez, dejé el puñal en la herida, y huí. Alguoraciones.

paz, dejó escapar la palabra mártir. Le preguientes.

A las cuatro de la tarde la puerta de mi calabozo; la sangre desapareció, y esperé. prision que daba á la capilla de los sentenciados, se abrió y vi aparecer al juez.

-¡Y bien! le dije al verle, ¿estais convencido de que habeis sentenciado á un inocente?

pero vengo para salvaros.

car mi secreto, y me sonrei desdeñosamente. El juez se acercó á mí, y me alargó un papel; lei:

todo lo que te mande hacer.

Tu Lena.»

na astucia infame ó por algun tormento atroz, parecia que todos le han tomado por vos, ha respondi yo meneando la cabeza. Lena no ha cometido un asesinato en el café Griego, en escrito esas palabras voluntariamente.

-Lena ha escrito esas palabras libremente; pueda coger. Lena ha venido á verme. Lena ha conseguido de mí que te salvase, y vengo á salvarte. partido que el juez podria sacar del hecho, ¿Quieres obedecerme y vivir? ¿Quieres obstinarte v morir?

-1Y bien! ¿Qué es preciso hacer? repliqué. me útil ese asesinato. -Escucha, dijo el juez acercándose á mi v hablándome con una voz tan baja que apenas do el mundo está convencido de que no hapodia oirle; sigue cicgamente las instrucciones | beis sido vos el asesino de Morelli? ¿que sois querida.

-Hablad.

Me quitó los grillos.

-He aqui un puñal, tómale; sal por esa cida por otro medio. puerta, de la que yo solo tengo la llave; corre sente, déjale en la herida, huye y vuelve aqui. menos algunos minutos; el carcelero afirmó

El primer dia vino el escribano á leerme Aqui te espero, y Lena encerrada en mi cas a

Comprendi todo. Se me erizaron los came del primer asesinato por uno segundo.

Vacilé un instante; pero pensé en la liberconfesor. Acaso era un crimen mas grande tad, en Lena, en la felicidad. Cogi el puñal de que el primero, pero negué, aun al confesor. sus manos, salí como un loco, y fui corriendo hácia el café Griego; estaba lleno de gentes -Padre mio, dijo Gaëtano, Lena me habia conocidas mias: nadie habia sino vos cuya nos instantes despues estaba ya en mi calabo-El confesor salió convencido de que no era zo; el juez volvió á ponerme las cadenas, ceryo culpable, y su boca, al darme el beso de ró la puerta de la prision, y desapareció. Diez minutos habian bastado para aquel drama tergunté si no volveria à verle, y prometió vol- rible. Hubiera creido haber ejecutado un suever á pasar conmigo el dia y la noche si- no, si no hubiese visto mi mano tenida en sangre. La restregué contra la tierra húmeda del

El resto del dia y de la noche pasaron sin que, como lo comprendereis muy bien, cerrase mis párpados un instante. Vi terminar un dia y aparecer otro; aquel dia que debia ser -No, me respondió; sé que sois culpable, el último de mi vida. Oia al reloj de la capilla dar las horas, los cuartos, las medias horas. Crei que era una nueva astucia para arran- En fin, á las seis de la mañana, en el momento en que yo estaba pensando que me quedaban justamente veinte y cuatro horas de vida, se abrió la puerta y vi entrar al confesor:

-Hijo mio, me dijo aquel hombre animoso «Cree todo lo que te diga el juez, y haz entrando precipitadamente en mi calabozo, tened esperanza, porque vengo à traeros una estraña nueva. Ayer á las cuatro de la tarde, un hombre vestido como vos, de vuestra edad, -La habeis arrancado ese billete por algu- de vuestra estatura, y que de tal modo se os un capitan siciliano, y ha huido sin que se le

> -¡Y bien! repliqué yo como si ignorase el padre mio, no veo en todo eso sino un asesinato mas, y no comprendo en qué pueda ser-

-¿No comprendeis, hijo mio, que ahora toque te voy à dar; no reflexiones, obedece y víctima de vuestra semejanza con su asesino, tu vida está salvada y salvado el honor de tu y que ya el juez ha mandado suspender vuestra ejecucion?

-;Dios sea alabado! respondi; pero hubiera yo preferido que mi inocencia fuese recono-

Todo aquel dia se pasó en nuevos interroal café mas próximo, déjate conocer con des- gatorios. No tenia mas que una cosa que rescaro por todos los que estén alli; hunde el ponder; que no habia dejado mi calobozo. El puñal en el seno del primero que te se pre- confesor declaró haberme dejado à las cuatro

no haberme quitado mis cadenas. El juez me | vistos, y nos encaminamos á la puerta de San suceso alguna fatal equivocacion, y declaranejecutar la sentencia

A la mañana siguiente fueron á buscarme para carearme con vos. Recordais aquella esafirmábais era yo el que os habia herido. ta, y os encontré. Cuanto mas me acriminaba vuestra declaracion, mas probaba mi inocencia.

Sin embargo, no podia ponérseme asi en libertad: era preciso una nueva prueba, y aunque fuese el juez sitiado por Lena todos los dias, el juez vacilaba en hacerla. Lo importante, decia, era que venciésemos; lo demas vendrá á su tiempo.

Asi pasó un año, un año eterno. Al cabo de aquel año, el juez cayó malo, y se esparció bien pronto el rumor de que su enfermedad

Lena fué à verle al lecho de agonia y le pidió imperiosamente mi libertad. Todavía os perdono. queria el juez eludir su promesa. Lena le amenazó con revelarlo todo. Tenía él un hijo, para el cual solicitaba la supervivencia de su la capilla.

un sueño: hacia un año que no la veia. La realidad me hacia morir de alegría.

Me contó todo en dos palabras, y que no teniamos un instante que perder; en seguida marchó ella delante de mí, y me condujo á su casa. Volvi á pasar por el corredor donde habia visto una mancha de sangre, entré en aquella habitacion donde habia sido llevado ante el cadáver. Al dia siguiente me ocultó todo el dia en el oratorio donde estaba la madona del Perugino. Los criados iban y venian como de costumbre por la casa, y de nada se apercibieron. Lena pasó una parte del dia conmigo; pero como acostumbraba encerrarse en su oratorio y se retiraba alli para orar, nadie concibió sospecha alguna.

Llegada la noche me dejó; hácia las diez volvió á entrar.

-Todo está arreglado, me dijo; he encontrado un patron de barco que se encarga de conducirte á Sicilia. Yo no puedo marchar contigo; viéndonos desaparecer á un tiempo, lo que con tanto trabajo hemos ocultado, se aclararia á los ojos de todos. Marcha el primero; dentro de quince dias estaré en Messina. Mi tia es superiora de las Carmelitas: en su convento me hallarás.

Insisti para que marchase conmigo, porque tenia no sé qué presentimiento. Sin embargo, se opuso con tanta energía, me aseguró con tan formales promesas que antes de tres semanas estariamos juntos, que cedi.

Hacia una noche oscura; salimes sin ser

dejó por la noche, confesando delante de todos | Juan. Alli, segun le habian ofrecido, una chalos que estaban alli que debia haber en aquel lupa vino por mí. Otra vez nos abrazamos. No podia dejarla, queria llevarla conmigo, llodo que su imparcialidad no le permitia dejar raba como un niño. Algo me decia que ya no la volveria á ver; era la venganza divina que me insinuaba asi su voz.

Me embarqué en vuestro buque; pero cocena, capitan? Me reconocisteis: nada podia mo comprendeis bien, no podia dormir. Salí serme mas favorable que la seguridad con que del camarote para tomar el aire sobre cubier-

> A partir desde ese momento todo lo sabeis. He preferido batirme á haceros entonces la confesion que ahora hago; hubiérais creido que yo hacia esta confesion porque tenia miedo, y ademas, hecha esta confesion sabiais mi secreto, es decir, entregaba mi vida. No arriesgaba mas aceptando el duelo que me proponíais. Dios os ha elegido por el ejecutor de su justicia. No ha querido que una vez adúltero y dos asesino, gozase en paz de la impunidad legal que mi querida habia comprado para mi á precio de oro. Venid, capitan, he aqui mi mano. Perdonadme como yo

-Me dió la mano, y se desmayó.

Le hice tragar otras dos cucharadas de elixir, y volvió á abrir los ojos; pero con el destino; tuvo miedo, y dió a Lena la llave de delirio. Desde aquel momento ya no pronunció sino palabras sin coherencia, entremezcladas A media noche la ví aparecer. Creí que era de oraciones y blasfemias, y por la noche à las nueve espiró, dejando á fray Girolamo la carta dirigida à Lena Morelli.

> -¿Y qué se hizo de aquella jóven? pregunté al capitan.

-No sobrevivió mas que tres años á Gaëtano Sferra, me respondió, y ha muerto religiosa en el convento de Carmelitas de Mes-

-¿Y cuanto tiempo hace, pregunté aun al capitan, que tuvo lugar todo eso?

-Hace... dijo el capitan repasando su memoria, hace hoy, nueve años, dia por dia, respondió Pietro.

-Asi, añadió el piloto, he aqui nuestra tempestad que ya se acerca.

-¡Cómo! ¿Nuestra tempestad?

-Si, yo no se como es, dijo Pietro; pero desde entonces, siempre que nos ha cogido en el mar el aniversario de aquel dia, hemos tenido un tiempo de perros.

-Efectivamente, dijo el capitan, mirando un nubarron que avanzaba hácia nosotros viniendo del lado de Mediodia; ¡por vida de..! es verdad. No debiamos haber salido de Nápoles hasta mañana.

EL ANIVERSARIO.

Durante la relacion que acabábamos de oir, el tiempo se habia cerrado poco á poco, y el cielo parecia cubierto como de un color que tenia una hora antes, se habia vuelto gris gris, sobre el que se destacaba por su tinte ceniciento. Sobre su empañado espejo venian parduzco mas oscuro la nube que habia llamado la atencion del capitan. De tiempo en tiempo leves ráfagas de viento pasaban, y nuestra vela mayor se habia desplegado para aprovecharlas; porque el viento, viniendo del Este, hubiese sido escelente para conducirnos à Palermo, si se hubiese fijado. Pero bien pronto, sea que aquellas ráfagas fuesen inconstantes, sea que los primeros soplos de un viento contrario nos llegase del lado de Sicilia, la vela comenzó á chocar contra el mástil de tal modo, que el piloto mandó cargarla. Cuando el tiemqo amenazaba, el capitan resignaba al punto, segun creo haber dicho ya, sus poderes entre las manos del abuelo Nunzio, y se trasformaba co á poco haciendo desaparecer de nuestra en el primero y mas dócil de los marineros. Asi, á la órden imperiosa dada por el piloto de desembarazar el puente, el capitan fué el mas activo en obedecer, encerrando nuestra mesa, y ayudando á Jadin á meter en el camarote su taburete y sus cartones. Por lo de- bres, estaban todos sobre el puente, dispuesmas el retrato estaba concluido, y con el mas exácto parecido, lo que habia compensado al capitan con un sentimiento de placer la im- de la seguridad. presion dolorosa que le habia causado el recuerdo que le habiamos obligado à traerle à la | él, no olvideis que somos hombres; y si el memoria.

Sin embargo, el tiempo empeoraba cada vez mas, y la atmósfera ofreció todas las señales de una tempestad próxima. Sin que estuviesen advertidos en lo mas mínimo del pe- hubiese muerto á un perro ordinario; vamos, ligro que nos amenazaba, nuestros marineros, pues, á ver una tempestad mediana: ¿esto os para quienes habia llegado la hora de dormir, estaban despiertos como por instinto, y la escotilla de proa; despues se colocaban silenciosamente sobre el puente, guiñando los ojos, y haciendo con la cabeza una señal que queria decir:-Bueno, esto se va unimando; -y silenciosos siempre, unos se subian las mangas y otros se quitaban las camisas. Solo mirando al cielo con su rostro impasible, y

l à la tripulacion como sino viese al músico: -Con permiso de estos señores, dijo quitándose su gorra: ¿quien es el que silba aqui?

-Creo que soy yo, abuelo, respondió Filippo; pero sin fijarme en ello, já fé mia! -¡Sea enhorabuena! dijo Nunzio, y des-

apareció detrás de la tienda. Filippo se calló.

El mar, aunque tranquilo, cambiaba visiblemente de color, de un azul de lapis-lázuli à abrirse anchas burbujas de aire que parecian subir desde las profundidades del agua á su superficie. De cuando en cuando esas ligeras rachas que los marinos llaman patas de gato, rozaban su sombria sábana v dejaban ver tres ó cuatro surcos de espuma, como si una mano invisible le hubiese azotado. Nuestro Speronare, que ya no recibia viento, y que no podian ya los marineros arrastrar con el remo, estaba si no inmóvil, á lo menos estacionado, y se arrastraba balanceado por una vasta marejada que empezaba á dejarse sentir. Hubo entonces un cuarto de hora de silencio tanto mas solemne, cuanto que la bruma que se estendia á nuestro derredor, habia ido povista la tierra, y por otra parte, nos hallabamos sobre el puente para luchar con una tempestad que se anunciaba sériamente, no ya contra un navío, sino con una verdadera barca de pescadores. Miraba yo á nuestros homtos à la maniobra y tranquilos; pero con esa tranquilidad que nace de la resolucion y no

-Capitan, dije al patron acercándome á peligro llega á ser real, decidmelo.

-Estad tranquilo, respondió el capitan.

-¡Y bien! ;pobre Milord! dijo Jadin dando á su grueso dogo una palmada amistosa que agradará, hem?

Milord respondió con un gruñido sordo v salian unos despues de otros à observar, por prolongado, que probaba que no era completamente indiferente á la escena que pasaba, y que instintivamente tambien él presentia el

> -¡El mistral! esclamó el piloto asomando su cabeza por encima de la tienda.

Al punto todos miraron hácia atrás: se Filippo permanecia sentado sobre la baranda veia, por decirlo asi, venir el viento: una lide la escotilla, colgando las piernas en el en- nea de espuma se veia en el mar, que comentrepuente, la cabeza apoyada sobre su mano, zaba á encresparse en olas. Los marineros se lanzaron, unos al baupres, otros al pequeño silbando segun su costumbre el aire de la ta- mástil de en medio, y desplegaron la vela de rantela. Pero, esta vez, Pietro oia serio el ai- foque, y otra triangular, cuyo nombre ignore incitador, y aun parece que la monótona ro, pero que me pareció ser equivalente á la melodia chocaba como intempestiva al abuelo vela del palo mayor de un buque. Durante es-Nunzio; porque subiendo sobre el filarete del te tiempo el mistral se echó sobre nosotros buque, sin dejar el timon, asomó su cabeza como un corcel á la carrera, precedido de un por encima de nuestra tienda, y dirigiéndose silbido que no carecía de cierta cosa impo-